

# Nota sobre el significado de la arquitectura

Juan Antonio Cortés

Juan Antonio Cortés es arquitecto y profesor titular de la Escuela Superior de Arquitectura de Valladolid

Un texto de Rafael Sánchez Ferlosio<sup>1</sup> nos permite reflexionar sobre la relación arquitectura/significado en este final de siglo. No es la primera vez que este autor incide en cuestiones próximas a la ahora planteada. Así en la *Semana segunda: Splendet dum frangitur*, de *Las semanas del jardín*, Ferlosio hace una esclarecedora disquisición de la función y la figura, referidas respectivamente a las competiciones deportivas y a la tauromaquia:

“La evolución que ha convertido la corrida en lo que ha llegado a ser consiste en la creciente preponderancia de la figura sobre todos los demás factores, hasta erigirse en su sentido último y en su contenido propio, y concretamente sobre el valor y sobre la destreza funcional... El predominio total de la composición de figuras —con la concomitante degradación del valor y las facultades a la condición de medios—, como esencia y sentido de la cosa, es, pues, lo que define la moderna tauromaquia.”<sup>2</sup>

El autor identifica la funcionalidad con “el tomar de otra cosa su sentido” y adscribe a la figura “la autosuficiencia del objeto”. Esta distinción, aplicada a la arquitectura, atañe a la condición signifiante o no de la misma, al entendimiento de una obra arquitectónica como objeto autosuficiente, como figura, o como forma funcionalmente determinada, dependiendo de un cometido o función del que toma su sentido.

Frente a la tradicional consideración de la propia arquitectura (la antigüedad, la historia) como referencia figurativa para las obras, la arquitectura moderna de principios de este siglo buscó —en los procesos naturales y en los descubrimientos de las vanguardias artísticas— nuevas y supuestamente no contaminadas por la historia referencias figurativas para la creación arquitectónica. Al mismo tiempo, el concepto de función parecía eliminar a la vez los problemas de forma y de contenido o significado, al plantearse como vía alternativa.

La misma evolución de la arquitectura moderna mostró la necesidad de una búsqueda de expresión primero y de significado después, momento en que un simbolismo implícito fue sustituido por un simbolismo explícito<sup>3</sup>. Esto supuso en definitiva la vuelta —literal o analógica— a las formas arquitectónicas premodernas, especialmente las del Clasicismo, como recurso comunicativo o de significación arquitectónica.

Un nuevo vaivén en el discurrir arquitectónico ha dado lugar, como reacción a esa situación de décadas anteriores, a la actual asepsia en cuanto al cometido signifiante de la arquitectura. Esta negación de los compromisos de la arquitectura en lo referente a la transmisión de significados ha supuesto la dedicación de la más brillante arquitectura reciente al desarrollo de estrategias figurativas autónomas en la descomposición y manipulación de las formas y al énfasis en los aspectos materiales aparentes —de textura, de color— como responsables de la apariencia arquitectónica. Esas dos posturas, la de la arquitectura-mensaje, que se consume en su voluntad comunicativa, y la de la arquitectura como hecho mudo, que renuncia a todo significado, son dos caminos sin salida. En el primer caso se cae en la banalización de la arquitectura, que se convierte en un mensaje contingente, efímero en definitiva. En el segundo caso se cae en el preciosismo de una arquitectura que sólo se mira a sí misma, que se recrea en una autocomplacencia estéril. Frente a esas dos posturas, la arquitectura puede aún afirmarse como hecho con significado, salir de su solipsismo presente y recuperar esa cualidad significativa que ha caracterizado a la verdadera arquitectura a través de los tiempos.

La arquitectura puede establecer un campo de significación a partir de sus condiciones o características propias. En vez de tratar de competir con otros soportes de comunicación más apropiados para la transmisión de mensajes, los medios audiovisuales e informáticos, o de recluírse en un preciosismo autocomplaciente, que excluya toda relación comunicativa, la arquitectura puede afirmarse como mediador entre el hombre y el mundo a través de sus condiciones básicas e irrenunciables.

La arquitectura es, además de forma construida, una forma simbólica que interpreta y configura físicamente la relación del hombre con el mundo. A un supuesto origen de la arquitectura como respuesta a los factores climáticos y como hecho constructivo, se le contraponen un entendimiento de la misma como conformación simbólica, además de material, de esa relación hombre-mundo. Por medio de la arquitectura, el hombre establece una relación de diferencia<sup>4</sup> con el mundo: distinción y separación del mundo, definiendo un espacio con una posición y unas dimensiones propias, y referencia al mundo, ya sea al entorno circundante próximo, al distante lejano, o al menos localizable y medible entorno cultural. En lo que respecta a la posición, el hombre se impone y, a la vez, se expone al mundo mediante la arquitectura; se coloca en una posición propia, con lo que interpone una distinción, una distancia, entre él y el mundo, y, a la vez, se sitúa en el mundo, establece relaciones de posición con él. En lo que respecta a la dimensión, la arquitectura establece sus pequeñas dimensiones referidas a las del hombre, pero, a la vez, permite que el hombre se mida con el mundo; da la medida de ambos, mide a la vez a uno y a otro. La arquitectura es la confirmación-

1. “La comunicación ha alcanzado tal volumen y tanta prepotencia, que la noticia pesa muchísimo más que lo notificado. Las noticias son más hechos, hacen u ocurren enormemente más que los hechos mismos de los que dan cuenta. Por eso, a espaldas de la noticia que hace, se ha desarrollado, como contrapunto, la acción que dice. La acción que sólo dice o quiere decir, la que se llama ‘acción testimonial’, no pocas veces cruenta, es el reverso monstruoso de la no menos monstruosa prepotencia de la noticia que hace.” (Rafael Sánchez Ferlosio. *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos*. Ed. Destino, Barcelona 1993).

2. Rafael Sánchez Ferlosio: *Las semanas del jardín. Semana segunda: Splendet dum frangitur*. Ed. Nostromo, Madrid, 1974, pp. 73-74.

3. Véase Robert Venturi, Steven Izenour y Denise Scott Brown: *Aprendiendo de las Vegas. El simbolismo olvidado de la forma arquitectónica*. Ed. Gustavo Gili, Barcelona, 1978 (1977).

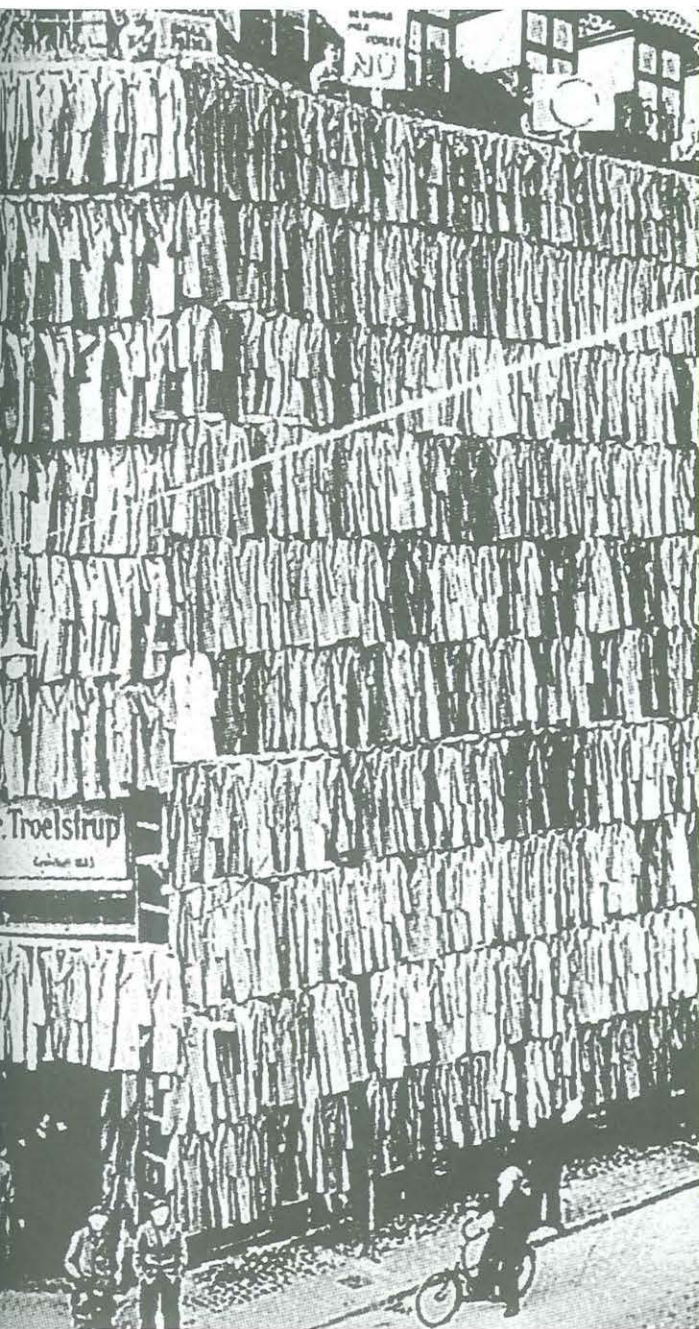
4. “La diferencia no es ni una distinción ni una relación. Es a lo sumo una dimensión para el mundo y la cosa. Pero entonces ‘dimensión’ ya no designa un territorio que subsista por sí mismo y en el que tal o tal cosa encuentren su lugar. La Diferencia es la Dimensión, porque, midiendo el mundo y la cosa, los realiza en su ser propio. Es por esto por lo que mantiene al mundo y a la cosa separados uno del otro y referidos uno al otro”. (Martin Heidegger: *Unterwegs zur Sprache*, p. 25. En M. Heidegger. “Identité et différence”. *Questions I*, Gallimard, París, 1968, nota 1, p. 299.



conformación de esa toma de posición, de ese marcar las distancias, de ese dar la medida. Por ello la arquitectura ha oscilado siempre entre una necesaria dependencia de las condiciones básicas del hombre —su posición sobre el suelo de la tierra y su reducido tamaño— y una pretendida liberación de esa dependencia, entre una referencia al cuerpo del propio hombre y una referencia a un ámbito de otro alcance, el ámbito del cosmos.

La arquitectura supone, pues, para el hombre separarse del mundo y, a la vez, abarcarlo. Imponer su orden a la naturaleza y, a la vez, extraer el orden de ésta. Disponer el espacio según su propia dimensión y, a la vez, dotar a ese espacio de una referencia a la dimensión del universo. Concentrarse en sí mismo y, a la vez, hacer de su espacio el centro del mundo. Abstraerse del mundo y, a la vez, reflejar el mundo.

Es en esta enriquecedora confrontación donde puede aún alcanzarse un nivel de significación para la arquitectura. Se trata de una confrontación en la que están implicadas esas condiciones arquitectónicas básicas, las posicionales y las dimensionales, que siempre tienen una vertiente relacional a través de la orientación y la escala. Ese nivel de significación se ancla en unas características que son inherentes a la arquitectura, pero que al mismo tiempo tienden un puente hacia otras esferas y la permiten escapar tanto de la “autosuficiencia del objeto” como del “tomar de otra cosa su sentido”, incluyendo en un marco propio conceptos como figura y como función.



*Raincoat salesmanship.*

Jasper Morrison incluyó por primera vez esta imagen en una conferencia pronunciada en el Istituto Europeo di Design, Milán en 1988.

Publicada en *Jasper Morrison. Designs, projects and drawings 1981-89* Architecture Design and Technology Press. London 1990

Ernö Léstyán.

Central eléctrica de transformación del barrio Erzsébtváros de Budapest (1969) para el EROTERV, departamento del Estado Húngaro dedicado al planeamiento y la construcción de edificios eléctricos

